

El espectáculo total

por Cristóbal Simancas

A José Val del Omar, místico del espectáculo.

Yo tengo un amigo que se llama José Val del Omar, alto, delgado, con distinción personal en el vestir. Cuando está bien, habla igual que imagina, incansablemente, sin parar. Y sus palabras tienen la virtud de que, insensiblemente, nos van incorporando a su pensamiento.

Su último hallazgo ha sido el de la "mística del espectáculo", palabras con las que hemos querido definir la serie de cosas con que Val del Omar ha cargado nuestro bagaje espiritual.

Es ya vulgar el dicho de que la vida toda es sólo un espectáculo en el que únicamente somos actores. Pero el hombre, para que el espectáculo de la vida le divierta, tiene que salirse de él y montar el falso de sus juegos, de sus comedias, de sus vicios y de sus virtudes. El arte –nombre que se da al único y universal medio de espectacularización de la vida– es, en último extremo, un espectáculo que encanalla o engrandece, según la nota con que contribuya a poner en solfa nuestra existencia. No hay hombre ni raza que se haya pasado nunca sin espectáculo. Es más: parece que cuanto más primitiva y atrasada, tanto más necesita de él la Humanidad, hasta el punto de que las danzas y ritos guerreros y religiosos abarcan la mayor parte de su vida en las tribus que aún viven sin más patrimonio que un taparrabos y un tam-tam.

¿Qué busca el hombre en el espectáculo? Sencillamente: no ser actor del de la vida; salirse de él para contemplarla como espectador, para digerirla con sus ojos y oídos –hasta ahora los únicos sentidos que monopolizan este privilegio– y ampliar el estrecho límite del forzado papel que el destino nos obliga a representar en nuestra propia y vital comedia.

Huir de nuestros destinos para echarnos en brazos de la adormidera de la ficción, tanto puede llevar al hombre a la superación como hundirlo en la negación de su propia personalidad, al habituarlo a la morfomanía de suplantar con las delicias de los "fabricantes de sueños" el dolor verdadero de nuestras horas ciertas.

Pero ello será consecuencia de la levadura que en construir sus fingidos paisajes utilicen los poetas o los mercaderes. Todos los espectáculos necesitan de un artificio constructivo adecuado para dar cuerpo a las concepciones literarias que encierren. De nada vale que nos hable el genio, si su envío se hiela en una realización –plasmación– desgraciada. Sin "gracia" en su plasma, ni el libro es libro, ni el teatro es teatro, ni el cine es cine.

¿Cuál es, pues, dentro de lo espectacular, el papel de esta mecánica, que tanto puede matar a la concepción poética como suplantarla –dando "truco" por "arte"– allí donde ésta no exista? Sencillamente: hacernos participar, sentirnos intérpretes del espectáculo que contemplamos –¡pero sin dejar de ser espectadores!–. Esto es: interesarnos. Tanto más nos

interesa un espectáculo cuanto más hondamente separa en el espectador "cuerpo" y "conciencia", haciéndole olvidarse de su propia existencia, hasta el punto de que el espectáculo integral, absoluto, sería aquel que hiciera caer inanimados, vacíos, nuestros cuerpos sobre la butaca, mientras que el alma volase arrebatada a convertirse en el medio de cuanto ocurriese en el escenario. Y una mecánica capaz de esta transmutación sin dolor y sin muerte, una mecánica que en vida dissociara nuestras potencias de un vínculo mortal, ¿no sería una verdadera y exaltada mística del espectáculo? Pues esta tal mística es la que Val del Omar persigue conseguir en el cinema y en el teatro, los dos espectáculos por excelencia.

Quizá parezca, a primera vista, que tal ambición no pase de ser una quijotesca quimera de nuestro amigo. ¿Que cómo es posible conseguir esto? Muy sencillamente: el espectador va identificándose en sus personajes. A poco, la ilusión de que cuanto a ellos les sucede le está ocurriendo a él mismo es completa. Las emociones y sentimientos de los personajes, automáticamente se trasplantan a la conciencia del espectador. Pero hay algo que escapa, algo que se queda en el lienzo o en el escenario: ¡el ambiente! ¿Pensáis lo que sucedería si al mismo tiempo que ellos se llevan la flor a la nariz, percibiéramos realmente su perfume en nuestro olfato?

¿Si viéramos con nuestros ojos los colores que ellos fingen ver? ¿Si sintiéramos con nuestros propios oídos el rumor de las cosas a nuestra espalda o frente a nosotros, a la derecha o izquierda, encima o debajo, conforme ellos deben sentirlo? Pues esto de arrancar el ambiente a la escena para hacerlo irrumpir entre los espectadores es lo que soñó Val del Omar y lo que está camino de hacer la técnica de los espectáculos.

Refiriéndonos concretamente al cine, imaginaos que entramos y tomamos asiento en un salón que estuviera preparado de la siguiente manera: En lugar del lienzo plano que hoy conocemos, el local acaba en una superficie ligeramente cóncava, que insensiblemente enlaza con los dos lienzos y paredes laterales y con el techo de la sala. Además de los altavoces que existen tras la pantalla, nuevos focos de sonidos están distribuidos por todo el salón, incluso debajo del suelo. Las luces se apagan lentamente y comienza la proyección.

Al pronto, nada notamos, como no sea que la película es en color; mas, insensiblemente, algo va cambiando sin que apenas nos apercibamos, y una extraña sensación de hallarnos ante cosas que aún no tienen nombre entre nosotros nos va dominando. ¡De pronto, nos damos cuenta de que la proyección carece de límites, de que no hay marco, de que falta el encuadre!; ¡la imagen ha desbordado la pantalla, y la proyección ocupa toda la superficie de ese fondo en forma de huevo de que antes hablábamos! No por eso las imágenes son gigantescas. Es el ambiente que rodea a los personajes el que tiende a difuminarse y a rodearnos también a nosotros. Los protagonistas están en un jardín; el contraste de los colores brillantes, limpios y puros, da una sensación casi acabada de relieve; mas a un lado y a otro, las imágenes van perdiendo paulatinamente foco, luz y nitidez, y las formas son confusas, acabando por desaparecer en la pared, absorbidas por la penumbra de la sala, que no es gris como en la actualidad, sino vagamente azul, crema, blanca..., producto de los colores de la escena al reflejarse en las claras paredes del salón. Oímos la voz de los intérpretes delante de nosotros; pero el viento lo sentimos a ambos lados, y a nuestras espaldas cantan en alegre jolgorio los pájaros y aun se nos figura que alguno voló sobre nuestras cabezas atravesando la sala...

Ya habrán comprendido todos que tal desbordamiento de ambiente es provocado por dos efectos técnicos principales; por la cámara retina, es decir, por una cámara que fotografíe los objetos, sometida al mismo mecanismo que el de nuestra visión, sin encuadre, y por los juegos de altavoces mandados por la misma película y entrando en acción automáticamente, de modo que el sonido que emitan quede localizado para el espectador en el lugar del espacio que, con arreglo al desarrollo de la escena, correspondiera a la realidad de la acción. De esta manera no asistiríamos a la proyección de una película, sino que nuestro espíritu y nuestro organismo se convertirían en el centro de cuanto constituyera el espectáculo, transformándonos en espectadores activos, con lo que habríamos llegado al espectáculo total.

| Publicado originalmente en *Espectáculo*, nº 24, Madrid, marzo 1944 |